

El porqué de la homosexualidad

Las estimaciones más recientes sitúan en un 20,3 por ciento el porcentaje de varones adultos norteamericanos que han tenido contactos sexuales con otros varones que culminaron en orgasmo. Dadas las múltiples maneras utilizadas por los humanos para desligar el placer sexual de la reproducción no deseada, la amplia difusión del comportamiento homosexual no debería sorprendernos. Más sorprendente es el gran número de personas que se masturban o masturban a su pareja, toman píldoras para el control de la natalidad, utilizan condones o pomadas espermicidas, practican diversas formas gimnásticas de heterosexualidad no coital, pero condenan y ridiculizan el comportamiento homosexual, aduciendo que es «antinatural». La vinculación de éste con el SIDA no disminuye en nada la irracionalidad de los fortísimos prejuicios contra las personas que se complacen en las relaciones homófilas o lésbicas. De no ser por los avances de la medicina, innumerables hombres y mujeres practicantes de una buena, sana y natural heterosexualidad, seguirían falleciendo a causa de la sífilis, plaga venérea que en su momento alcanzó dimensiones muy superiores a las del SIDA.

Afirmar que la homosexualidad es igual de natural que la heterosexualidad no equivale a afirmar que la mayoría de los hombres y mujeres perciban en los individuos del mismo sexo tantas posibilidades de excitación y satisfacción erótica como en los representantes del sexo opuesto. Al contrario, enseguida trataremos de sociedades en las que la mayoría de los varones se comportan como homosexuales durante un largo período de su vida sin perder la predilección por las mujeres. Se dispone, asimismo, de numerosos elementos de juicio que indican que en toda población humana un

pequeño porcentaje de hombres y mujeres se halla genética u hormonalmente predispuesto a preferir las relaciones con individuos del mismo sexo. (En la perspectiva antropológica, sin embargo, la mayor parte de las conductas homosexuales no son atribuibles a factores genéticos u hormonales). Por lo tanto, no afirmo que los seres humanos vengan al mundo con una condición sexual de tabula rasa, pero sí que las preferencias no entrañan forzosamente evitaciones. Se puede preferir el bistec sin rechazar las patatas. No veo pruebas de que las personas dotadas de preferencias por el sexo opuesto estén igualmente dotadas de predisposiciones a detestar y evitar las relaciones con miembros del propio sexo. Esto se aplica también a la inversa. Es decir, dudo mucho de que el reducido número de personas predispuestas a las relaciones con representantes de su mismo sexo nazcan con una tendencia fóbica hacia el sexo contrario. Dudo, en otras palabras, de que existan en absoluto modos de sexualidad humana obligatorios fuera de los impuestos por prescripción cultural.

¿Por qué habría de haberlos? Los humanos tienen sexo para dar y tomar. ¿Acaso no estamos libres de las cadenas que representan las temporadas de cría o los períodos cíclicos de celo? ¿No poseen acaso nuestras hembras clítoris que superan en su prominencia a los de todas las demás especies, con excepción de las hembras de chimpancés más lúbricas? ¿No es nuestra piel singularmente lampiña y más sensible, eróticamente, que la de cualquier simio peludo? Si los chimpancés pigmeos mantienen diariamente relaciones heterosexuales, además de frecuentes frotamientos genitogenitales y penetraciones pseudocopulatorias de tipo homosexual, ¿por qué habría de esperarse que el Homo sapiens, el primate más sexy e imaginativo, fuera a ser menos polifacético? En realidad, hacen falta grandes dosis de instrucción y condicionamiento, de desaprobación parental, de condena social, de advertencias de fuego eterno, de legislación represiva y, ahora, de amenazas de SIDA, para que la pletórica dotación sexual de nuestra especie se convierta a la repugnancia aun ante el mero pensamiento de una unión homosexual. La mayoría de las sociedades —aproximadamente el 64 por ciento, según un estudio— no realizan el esfuerzo de inculcar esta aversión y, o bien toleran, o bien alientan efectivamente algún grado de comportamiento

homosexual junto al heterosexual. Si a todo esto se añaden las prácticas clandestinas y no institucionalizadas, cabe afirmar con seguridad que el comportamiento homosexual se da hasta cierto punto en todas las poblaciones humanas. Pero como mostraré en breve, el comportamiento homosexual es tan abigarrado como el heterosexual según los diferentes contextos sociales. Esta variedad asombrosa testimonia, a mi juicio, no sólo el versátil potencial de necesidades y pulsiones sexuales humanas, sino también la versatilidad aún mayor de las culturas humanas para cortar el vínculo entre placer sexual y reproducción.

Varón con varón

Los heterosexuales occidentales tienen tendencia a encasillar a los varones homosexuales en el estereotipo del afeminado. Sin embargo, desde los puntos de vista histórico y etnográfico, la forma más frecuente de relación homosexual institucionalizada se da entre hombres instruidos no para ser peluqueros ni decoradores, sino guerreros. En la Antigüedad, por ejemplo, los soldados griegos solían partir para el combate acompañados de jóvenes muchachos que les prestaban servicios como parejas sexuales y compañeros de cama a cambio de instrucción en las artes marciales. Tebas, antigua ciudad-estado al norte de Atenas, disponía de una tropa de élite denominada el Batallón Sagrado, cuya reputación de valor invencible reposaba en la unión y devoción mutua de sus parejas de guerreros.

Los antropólogos han encontrado formas parecidas de homosexualidad militar en muchas partes del mundo. Los azande, pueblo del Sudán meridional, tenían una fuerza militar permanente formada por jóvenes solteros. Estos jóvenes guerreros «desposaban» a muchachos y satisfacían con ellos sus necesidades sexuales hasta que lograban acumular las cabezas de ganado indispensable para poder desposar a una mujer. Este matrimonio homosexual con un muchacho imitaba en algunos aspectos el futuro matrimonio con una mujer. El soltero abonaba a la familia del muchachonovia un simbólico precio del novio consistente en unas cuantas lanzas. El miembro más joven de la pareja llamaba al mayor «marido mío», hacía sus comidas aparte igual que las mujeres —las cuales comían separadas de sus maridos— recogía hojas para su aseo diario y para su cama por la noche, y se encargaba de llevarle agua, leña y comida. De día, el muchacho-esposa

transportaba el escudo del guerrero y, de noche, ambos dormían juntos. La forma preferida de relación sexual consistía en que los mayores introdujeran su pene entre los muslos de los muchachos; éstos, por su parte, «obtenían el placer que podían frotando sus órganos contra el vientre o la ingle de sus parejas». Al madurar, los guerreros solteros abandonaban los campamentos militares, renunciaban a sus muchachos-esposas, pagaban el precio de la novia por una esposa de sexo femenino y tenían hijos. Entretanto, los antiguos muchachos-esposas se iban incorporando al cuerpo de solteros, tocándoles el turno de desposar a un nuevo conjunto de muchachos-novias aprendices de guerrero.

En las tierras altas de Nueva Guinea, las relaciones homosexuales entre muchachos aprendices de guerrero y guerreros jóvenes forman parte de un complejo y prolongado ciclo de iniciación masculina encaminado a transformar a jovencitos afeminados en machos aguerridos. Gilbert Herdt reseña que en la belicosa sociedad sambia los muchachos son separados de sus madres en la prepubertad y llevados a vivir a «clubs» junto a quinceañeros y jóvenes de veinte y pocos años. Durante siete años, aproximadamente, los más pequeños realizan felaciones a los mayores. Tragar el semen que los compañeros de más edad eyaculan en su boca —el de tantos y tantas veces como diariamente sea posible— es la única manera para un muchacho de llegar a ser un adulto cabal y un guerrero varonil. En efecto, los sambias, como otros muchos pueblos de Papúa Nueva Guinea, creen que los hombres son hombres sólo porque poseen semen y que la mejor forma de obtenerlo consiste en succionárselo a alguien que disponga de reservas del mismo. Al alcanzar más o menos los veinticinco años de edad, los jóvenes que hacen las veces de donantes de semen ponen fin a sus relaciones homosexuales, se casan y utilizan su semen para engendrar niños. Los maridos sambias se cuidan bien de no mantener relaciones sexuales excesivamente frecuentes con sus esposas, no vaya a ser que sucumban a los poderes contaminadores de sus mujeres y se debiliten por «malgastar» la preciada sustancia masculina. Pero, a pesar de su universal entrega a prácticas homosexuales, una vez alcanzada la madurez, los varones afirman preferir el sexo genital con mujeres al sexo oral con otros hombres, punto al que aludí

un poco antes y que indica el mayor atractivo innato de la opción heterosexual para la mayoría de los machos humanos.

El semen no sólo convierte a los muchachos en hombres; de él proceden también los bebés y la leche materna. Los sambias forman linajes solidarios compuestos de varones que estiman haberse creado y alimentado unos a otros virtualmente sin ayuda femenina. Permítaseme señalar el peligro de considerar estas creencias androcéntricas y sus manifestaciones homosexuales como productos arbitrarios de extrañas lucubraciones primitivas.

Entre los sambias y sociedades similares de Papúa Nueva Guinea, la solidaridad forjada en la casa de los hombres, la formación en la dureza y la virilidad, el hecho de compartir el semen donador de vida, tienen su recompensa en el campo de batalla. Más adelante volveremos sobre ello, pero antes quisiera continuar con otras variedades de la homosexualidad entre varones.

Cuadra bien con el peculiar genio de la civilización griega clásica que adaptase la fórmula de la relación homosexual entre un maestro maduro y un joven aprendiz, a la transmisión de conocimientos no militares, sino filosóficos. Casi todos los filósofos griegos famosos mantuvieron relaciones homosexuales con jóvenes aprendices. Pensaban, tal como se pone de manifiesto en el Banquete de Platón, que acostarse con una mujer llevaba únicamente a la procreación orgánica, en tanto que hacerlo con hombres conducía a la procreación de la vida espiritual. Como señaló Jeremy Bentham, para espanto de los intelectuales victorianos, a quienes repugnaba la idea de que Sócrates, Platón, Jenofonte y Aristóteles fueran todos unos «pervertidos», «todo el mundo lo practicaba; nadie se avergonzaba de ello».

En realidad, en la Grecia clásica la homosexualidad masculina se insertaba en la mayoría de los casos en un contexto que sólo remotamente evoca la relación, guerrera o filosófica, entre un maestro maduro y un joven aprendiz. Lo mismo que en China, Bizancio y la Persia medieval, en Grecia la homosexualidad se concentraba principalmente en la expropiación de los cuerpos de individuos de rango inferior, es decir, esclavos y plebeyos de ambos sexos, por parte de las poderosas y androcéntricas clases gobernantes

de los imperios antiguos. Los varones aristocráticos podían entregarse a cualquier forma de entretenimiento hedonista con que se encaprichara su mudable imaginación. Así, cuando estaban hartos de esposas, concubinas y esclavas, probaban con muchachos como solución temporal y si alguien estimaba que estas debilidades merecían algún comentario, en todo caso se lo reservó para sí.

Las variantes zande, papuaneoguineana y griega de la homosexualidad tienen las tres un aspecto en común: nadie estimaba que los varones que mantenían relaciones homo y heterosexuales hubieran sucumbido a impulsos anómalos que les relegaran a un estatus sexual especial. En todas estas sociedades, el común de los varones puede y aun debe ser bisexual. Sin embargo, muchas formas de homosexualidad institucionalizada clasifican al «penetrado» pero no al «penetrador» (términos más precisos que «activo» y «pasivo») en una categoría sexual específica que los heterosexuales consideran anómala o desviada. Aparentemente, esta distinción entre penetradores y penetrados existe en cierta medida entre los varones norteamericanos y desempeñó un papel en la infame persecución de los homosexuales por el senador Joseph McCarthy y su asesor jurídico, Roy M. Cohn, quienes estaban indudablemente habituados a mantener relaciones sexuales con varones. Desde su punto de vista, no eran esos hipócritas monumentales que otros veían en ellos, sino sencillamente hombres tan machos que podían hacerlo hasta con «maricas» como manera de demostrar su desprecio por esa gente.

En otras culturas, el hecho de que un hombre sea el penetrado en su relación con otro hombre no le degrada ni a él ni a quien le penetra. Al contrario, es posible que se le considere sencillamente como alguien que pertenece a un tercer sexo de carácter intermedio, ni hombre ni mujer. Los varones que adquieren este estatus, lejos de verse degradados a la categoría de «maricas», disfrutan a menudo de prestigio considerable y son especialmente apreciados por su capacidad para actuar como intermediarios entre los mundos natural y supranatural. Los chamanes de sexo masculino de Siberia, por ejemplo, realzan su aire misterioso y ultramundano vistiendo ropas de mujer, realizando labores femeninas y actuando como «penetrados»

para sus clientes masculinos. En la macumba y el candomblé, cultos afrobrasileños basados en la posesión espiritual, los dirigentes carismáticos también suelen ser homosexuales. Los clientes acuden a ellos para encontrar a personas y objetos valiosos perdidos, descubrir las causas de sus desdichas y dar con curas para las enfermedades. ¿Por qué habrían de esperar que una persona con el don de hacer estas cosas se vistiera y comportase como las demás?

El homosexual indio de Norteamérica denominado berdache representa otra variante de sexo respetado, a medio camino entre el hombre y la mujer, que posee dotes sobrenaturales y poderes chamánicos. El berdache vestía como una mujer y prestaba servicios sexuales como esposa de facto a algún guerrero victorioso, al lado de su otra o sus otras esposas. Por su dedicación a las tareas domésticas y su habilidad para la confección de ornamentos con cuentas y plumas, las coesposas aceptaban al berdache o incluso acogían con satisfacción su presencia. Para el guerrero, poseer uno era un honor que en modo alguno ponía su virilidad en tela de juicio. Muchos berdaches utilizaban sus dones sobrenaturales para convertirse en chamanes. En las sociedades oglala y teton, por ejemplo, imponían nuevos nombres a hombres y mujeres en la pubertad, el matrimonio y otras crisis vitales. Entre los indios cuervos, derribaban el primer árbol para la danza del sol; entre los cheyennes, organizaban y dirigían la danza del cuero cabelludo, y entre los navajos, creeks y yokuts, desempeñaban funciones especiales en los funerales. El berdache podía servir simultáneamente a varios guerreros y el guerrero podía tener más de uno a la vez. Pero los berdaches no mostraban interés sexual por otros berdaches. Y en cuanto a los guerreros, éstos no manifestaban interés alguno por mantener relaciones homosexuales con nadie que no fuera un berdache.

La India, tesoro inagotable de ejemplos etnográficos, también posee sus varones homosexuales sagrados, llamados hijras. Pertenecientes por su anatomía al sexo masculino, estos «ni hombres ni mujeres» se someten a castración para ser admitidos en una de las siete «casas» de la comunidad Mira. Los/las hijras visten como mujeres, llevan el pelo largo, se arrancan el vello facial en lugar de afeitarse, adoptan nombres femeninos, se sientan en

los transportes públicos en sitios «reservados exclusivamente para señoras» y han realizado campañas para que se les reconozca el derecho a ser contabilizados como mujeres en el censo nacional. Con frecuencia toman «esposas» masculinos ya casados y con hijos, pero que les ofrecen ayuda económica a cambio de la oportunidad de entregarse a prácticas sexuales de las que sus esposas no saben nada. Los/las hijras menos afortunados o emprendedores se ganan la vida prostituyéndose. Parte de sus ingresos procede, asimismo, de la mendicidad, actividad en la que son maestros gracias al truco de amenazar con levantarse el sari y enseñar sus genitales mutilados a menos que se les dé limosna. Pero tradicionalmente los/las hijras obtienen la mayor parte de su sustento ejecutando determinados rituales, en particular, en las ceremonias que acompañan al nacimiento de un varón. Convocado a la casa del recién nacido, el/la hijra toma a la criatura, la sostiene en sus brazos e inicia una danza en la que inspecciona los genitales del crío, confiriendo así fecundidad, prosperidad y salud al recién nacido y a su familia.

Por último, está el caso del varón gay contemporáneo, forma de homosexualidad institucionalizada que probablemente no haya existido jamás en ninguna parte, excepto en la cultura occidental. Su singularidad radica en que la mayoría heterosexual norteamericana condena todas las manifestaciones del comportamiento homosexual y, hasta hace pocos años, utilizaba la maquinaria judicial para castigar a los culpables aun de un solo acto homosexual. Los varones gay, debido a la continua hostilidad y ridiculización de que han sido objeto, forman una comunidad separada, muy parecida a una casta o una minoría étnica. En este aspecto se asemejan a los/las hijras, con la salvedad de que cuando éstos mantienen relaciones sexuales con no-hijras, los no-hijras no se convierten en homosexuales, en tanto que el varón norteamericano, casado o no, que haga lo propio con un gay se convierte, por convención general, en una persona de estatus indeterminado al que la comunidad gay trata de reclutar y la mayoría heterosexual trata de expulsar.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? Señalé en «La necesidad de ser amado» que la sociedad necesita niños, aun cuando los adultos sexualmente

activos no los necesiten. Como reacción a la perspectiva de una frustración generalizada de la reproducción, resultante de la transición de las economías agrarias a las economías industriales, los estratos sociales empleadores de mano de obra presionaron para que se promulgaran leyes que condenasen y castigasen severamente todas las formas de relación sexual no reproductora. El objetivo de este movimiento era convertir el sexo en un privilegio que la sociedad concediera exclusivamente a quienes fueran a utilizarlo para fabricar criaturas. La homosexualidad, ejemplo flagrante de sexo no reproductor, se convirtió, junto a la masturbación, las relaciones premaritales, las prácticas anticonceptivas y el aborto, en blanco principal de las fuerzas pronatalistas.

Pero a mi examen del universo homosexual le queda aún la mitad del camino por recorrer.

Mujer con mujer

Debido al predominio de observadores androcéntricos entre los antropólogos, los datos sobre prácticas lésbicas son escasos. Creo, no obstante, que es correcto afirmar que las formas institucionalizadas de homosexualidad femenina no se encuentran tan desarrolladas como las masculinas. Enseguida explicaré el porqué.

Los antropólogos sólo han registrado un puñado de rituales de iniciación femenina que entrañen comportamientos lésbicos. En la sociedad Dahomey del África occidental, por ejemplo, las adolescentes se preparaban para el matrimonio asistiendo a escuelas de iniciación exclusivamente femeninas donde aprendían a «dar consistencia a sus genitales» y a realizar el coito.

Las mujeres, que rara vez soportan el peso de las acciones militares, tienen poquísimas oportunidades de utilizar la relación homoerótica entre maestro y aprendiz para constituir equipos bélicos solidarios. Análogamente, su exclusión de las academias en la Grecia clásica impidió la participación femenina en las variantes filosóficas de dicha relación y, dado que los hombres consideraban a las mujeres como su «objeto» sexual, la incidencia de los escauceos lésbicos entre mujeres de alto rango y jóvenes esclavas u otro tipo de inferiores sociales nunca pudo ser demasiado elevada. Es más frecuente, en cambio, que las mujeres adopten papeles sociosexuales correspondientes a la categoría «ni hombre ni mujer», vistiéndose como varones, realizando tareas masculinas tales como cazar, poner trampas y hacer la guerra, y utilizando su condición sociosexual intermedia para acreditarse como chamanes. En diversas tribus autóctonas de la Norteamérica occidental estas «ni hombres ni mujeres» de sexo femenino mantenían

relaciones lésbicas con mujeres con las que contraían matrimonio regular. Pero se dispone de escasos elementos de juicio que abonen la suposición de la existencia de relaciones lésbicas en la mayoría de las culturas que permitían los papeles sociosexuales correspondientes a la categoría «ni hombre ni mujer».

Varios casos documentados de lesbianismo institucionalizado están relacionados con la emigración de los varones en busca de trabajo. En la isla caribeña de Carriacou, donde los maridos emigrados se encuentran lejos del hogar durante la mayor parte del año, las mujeres casadas maduras se llevan a vivir a sus casas a solteras más jóvenes y comparten con ellas el dinero que les envía el marido a cambio de favores sexuales y apoyo sentimental. Una pauta similar se da en Sudáfrica, donde se le llama «jugar a mamás y bebés».

Una de las formas más interesantes de lesbianismo institucionalizado se dio en la China de mediados del siglo XIX y principios del XX, en varios de los distritos productores de seda de la región del delta del río Perla, en el Kwangtung meridional. Allí la mano de obra de las factorías de gusanos de seda se componía casi exclusivamente de solteras. Estas, aunque mal pagadas, se hallaban no obstante mucho mejor situadas que sus maridos en potencia. Así, las obreras de la seda, en vez de aceptar el estatus subordinado que el matrimonio imponía a las mujeres chinas, formaban hermandades antimatrimoniales que proporcionaban apoyo económico y sentimental a sus miembros. Si bien no todas las 100 000 miembros de estas hermandades mantenían relaciones lésbicas, eran corrientes los matrimonios lésbicos integrados por dos y, a veces, tres mujeres.

Parece claro, pues, que el abanico de formas institucionalizadas de homosexualidad femenina, aun teniendo en cuenta los ángulos muertos en los informes etnográficos elaborados por observadores de sexo masculino, es más reducido que el de las formas institucionalizadas de homosexualidad masculina. ¿Quiere esto decir que el comportamiento homosexual es menos frecuente en las mujeres que en los hombres? Seguramente no. Lo más probable, sencillamente, es que la homosexualidad femenina haya sido condenada a la clandestinidad o se haya expresado en contextos no institucionalizados que escapan a la observación. Aunque está escasamente

documentado, es muy probable que la adolescencia brinde en todo el mundo considerables ocasiones para las experiencias homosexuales femeninas. Hasta hace poco, por ejemplo, no se sabía que las muchachas !kung del Kalahari realizan juegos sexuales con otras chicas antes de realizarlos con chicos.

El matrimonio polígino constituye probablemente otro contexto propicio para las relaciones lésbicas. Al parecer, la práctica de las mismas era corriente en las sociedades nupe, haussa y dahomey del África occidental, así como en las sociedades azande y nyakusa del África oriental. En los harenes del Medio Oriente, donde las coesposas rara vez veían a sus maridos, muchas mujeres establecían relaciones lésbicas a despecho de los severos castigos que podían acarrear estas conductas de desafío al varón.

El movimiento gay femenino aporta otras pruebas de que la homosexualidad femenina no es la imagen especular de su contrapartida masculina. Como movimiento social, el lesbianismo se ha visto eclipsado tanto por la política homosexual masculina como por el programa político del feminismo. Tanto los gays masculinos como los femeninos pertenecen a comunidades socialmente segregadas que proporcionan a sus miembros servicios cotidianos esenciales, además de seguridad física y emocional. Pero las redes comunitarias de los varones gays tienen mayor número de miembros, cubren un espectro más amplio de ocupaciones y poseen más influencia política. Esto se debe, bien irónicamente, al hecho de que los varones en general se benefician de una educación infantil en el arte de afirmarse agresivamente y a su acceso a profesiones y empleos bien remunerados. Así pues, es posible que la «liberación» fuera más difícil para las mujeres que para los varones gays porque las primeras tenían que luchar no sólo contra el ostracismo que padecían como desviadas sexuales, sino también contra su subordinación como mujeres, en tanto que los segundos sólo tenían que luchar contra ese ostracismo. «La imposición de la heterosexualidad —ha señalado Evelyn Blackwood— está ligada a la falta de poder económico de la mujer y al confinamiento de la actividad femenina a la esfera doméstica». Ser gay, masculino o femenino, pone en entredicho los fundamentos de la familia contemporánea. Por añadidura, ser lesbiana pone

en entredicho la definición masculino heterosexual de la mujer como objeto sexual para uso exclusivo del varón. De ahí que mujeres de diferente orientación sexual hayan encontrado una causa común en la lucha por destruir la construcción ideológica del sexo femenino.